

III DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO. Dc Ricardo J Puello Brenes.
(Isaías 8:23—9:3. Salmo 26, 1. 4. 13-14. 1 Cor 1:10-13, 17. Mt 4:12-23 or 4:12-17)

Después de que Juan el Bautista fue arrestado, Jesús viene a Cafarnaúm, en la tierra de Zebulón y Neftalí para comenzar su ministerio público; y para que se cumpliera la profecía que el profeta Isaías

Siete siglos antes de Cristo, Isaías profetizó haciendo una clara referencia a la venida del Mesías y su exitosa misión salvadora. Su gloria se anunciará por todo el mundo, venciendo las tinieblas opresivas del pecado y de la muerte con su luz resplandeciente, para que su pueblo, el de la nueva alianza, viva la felicidad y la libertad de estar en su presencia, y disfrutar de la herencia prometida. Y lo compara con el día de Madián, cuando Dios le dio la victoria a Gedeón y sus trescientos hombres, usando solo antorchas, vasijas de barro vacías y trompetas, sobre la multitud de los madianitas y sus aliados.

Jesús, la luz verdadera que brilla por su propio poder, llega al mundo reduciéndose a la condición humana, para vencer al pecado y a la muerte para siempre. Jesús comienza su ministerio anunciando: “Arrepiéntanse porque el Reino de los Cielos está a la mano”, y queriendo dejar un legado tangible y testigos fieles que continuaran su ministerio para que la humanidad completa recibiera su regalo, él comenzó a llamar a los que quería hacer sus discípulos, diciendo: “Síganme, y yo los haré pescadores de hombres”.

Aunque en estos tiempos la Iglesia solo tenga una mínima cantidad de fieles que creen y esperan verdaderamente en Cristo, con

él a la cabeza, siempre prevalecerá sin importar el número de sus enemigos.

Salmo 26, 1. 4. 13-14

R. (1a) El Señor es mi luz y mi salvación.

Cuando la fe ha madurado en el corazón del hombre, la caridad (amor sacrificial) se vuelve casi natural, y se comienza a vivir con la única motivación de la esperanza. Ni añoramos ni nos mortifica el pasado, no nos condiciona el presente, ni nos inquieta ni atemoriza el futuro. Vivimos agradeciéndoselo todo a Dios; porque con el pasado nos dio las oportunidades de aprender cómo encontrar en él el camino para vivir hoy; le agradecemos el hoy por darnos la libertad para ser mejores que antes viviendo su verdad y, le agradecemos el futuro porque nuestro destino está asegurado en él, que es la vida verdadera y eterna.

1 Corintios 1, 10-13. 17

San Pablo, en su carta a los Corintios, nos exhorta a que todos vivamos “*en concordia y sin divisiones.*” Y lo hace en nombre de nuestro Señor Jesucristo para enseñarnos que, en su nombre, nuestras palabras y acciones adquieren el peso moral que da la autoridad doctrinal de Jesús, la cual debe ser expresada siempre amorosamente y sin tapujos.

Él nos recuerda la realidad de nuestra Iglesia, que es una, con Cristo su cabeza. No hay una iglesia europea, y una iglesia africana, una estadounidense y una latinoamericana; o una iglesia de blancos y otra de negros; una iglesia que sigue un partido político y otra que

sigue otro partido, etc. Nuestra única cabeza es Jesucristo, que reina a través de la jerarquía de la sucesión apostólica.

Por supuesto que podemos tener diversas preferencias, pero nunca dejar que nos lleve a división, porque eso no viene de Cristo, sino del demonio (“el que divide”), y aún menos, a hacerlo públicamente, porque se constituye en escándalo que hiere a su Cuerpo Místico.

Lo que nuestro Señor Jesucristo quiere desde el principio es una iglesia perfectamente unida “*en un mismo pensar y en un mismo sentir*”, en intimidad por él y con él; una Iglesia que vive y se mueve de acuerdo con su voluntad, expresada en las directrices que él nos enseñó en su doctrina, y que se mantiene fiel a la santa Tradición.

La misión común de los Cristianos es llevar el Evangelio (buena noticia) a todos, pero siempre cuidándonos de no predicar nuestro parecer, sino solo el mensaje auténtico de Jesús, evitando desvirtuar el significado de su mensaje, que se apoya en su vida, muerte y resurrección como la fuente de la verdad salvífica.

Mateo 4, 12-23

Después que Juan el Bautista muere, Jesús se muda a Cafarnaúm, (en Zabulón y Neftalí), para que se cumpliera lo que había anunciado el profeta Isaías: “*Sobre los que vivían en tierra de sombras una luz resplandeció.*”

Desde entonces comenzó Jesús a predicar, diciendo: “*Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos*”. Pero ese reino ya nos ha llegado a nosotros con su pasión, su muerte y su resurrección; de manera que para nosotros anunciarlo solo tenemos que aceptar

vivirlo, ya que nuestra manera de vivir es la prueba más convincente de que ha llegado.

Jesús se hace el encontradizo para que nos tropecemos de frente a la verdad, esa verdad que nos atrae porque augura libertad y felicidad.

“Síganme y los haré pescadores de hombres”.

inmediatamente lo dejaron todo y lo siguieron.

Andando por todas partes enseñando y proclamando la buena nueva del Reino de Dios y curando a la gente